

EL CUARTO CENTENARIO DEL PRIMER LIBRO DE MEDICINA IMPRESO EN AMERICA

I

IMPORTANCIA DEL LIBRO EN LA CULTURA MEXICANA¹

ERNESTO DE LA TORRE-VILLAR²

EN LAS POSTRIMERÍAS del siglo XV, el libro penetró en tierras americanas. Traído por eclesiásticos y funcionarios, el primer libro, tal vez de carácter religioso, aportó a las Antillas. Otros más de ficción y jurídicos, llegaron al Nuevo Mundo con los conquistadores y encierran su ideario total, mejor dicho lo configuran. Si los libros de caballería impulsaron a los europeos a aventuras extraordinarias, que les abrían nuevas tierras y nuevas épocas, los libros de devoción y de derecho les vinculaban con recias tradiciones, con un pasado lleno de valores de los que resultaba difícil desprenderse. Los testimonios de los soldados y capitanes del seiscientos nos hablan de la influencia que en ellos, causaron los Amadis, el Caballero Cifar, y las Sergas de Esplandían, pero también sabemos de viejos códigos y cuerpos

de leyes llegados a las islas, y como Juan Guerrero, náufrago de una de las primeras expediciones a Tierra Firme, en su cautividad entre los mayas conservaba un libro de horas y pese a su aculturación que le había llevado a tatuarse, andar desnudo y tal vez a descifrar los enigmáticos códices de esa cultura, leía de vez en vez, en los luminosísimos crepúsculos del trópico, las plácidas y tenues "Horas de Nuestra Señora".

El mundo indígena precolombino conoció diversos sistemas de escritura y con ella logró expresar sus ideas y sus conceptos del hombre y del cosmos. Ricas y añosas tradiciones que nos hablan de sus dioses y sus mitos, de su origen y desarrollo, de sus victorias, muertes y tragedias, dejaron escritas las culturas aborígenes. En templos y palacios conservaban como en el Viejo Mundo sus libros sagrados, históricos, literarios y religiosos. La magia y la ciencia, la economía y la

¹ Trabajo de sección presentado en la sesión ordinaria de la Academia Nacional de Medicina, celebrada el 15 de abril de 1970.

² Director de la Biblioteca Nacional de México.

estadística estaban en ellas consignados. Funestas destrucciones anteriores al descubrimiento y el celo y la ignorancia de toda conquista, aniquilaron esos testimonios de los cuales sólo conservamos unos pocos que la moderna antropología se aplica en descifrar.

Estos libros o códices, inteligibles sólo para los iniciados, fueron en los primeros años del siglo XVI sustituidos totalmente por el libro europeo y principalmente por aquél que surgió del maravilloso invento de Gutemberg, la imprenta.

Aún no se cumplían veinte años del arribo de los conquistadores encabezados por Cortés; no estaba aún configurada plenamente la Nueva España, ni siquiera se terminaba la acción bélica en su territorio cuando llegó la imprenta a México.

Nueva España, la posesión predilecta de la Metrópoli española, tuvo a los pocos años de haber sido conquistada el primer taller tipográfico del Nuevo Mundo. Los esfuerzos generosos del Arzobispo Fray Juan de Zumárraga y del Primer Virrey Don Antonio de Mendoza, hicieron posible —independientemente de cualquier otra discusión sobre los protoimpresores— que en 1539 una vez establecido en México el lombardo Juan Pablos, “componedor de letras de molde”, como dependiente de Juan Cromberger, tipógrafo alemán que se había establecido en Sevilla años atrás, apareciera dirigida por el propio Pablos, la *Breve y más compendiosa Doctrina Cristiana en lengua mexicana y castellana*. La

producción de Pablos fue de abecedarios, cartillas y doctrinas destinadas a la catequización de los indios, libros piadosos y algunos tratados de carácter jurídico. Para 1550, año en que arribó el sevillano Antonio de Espinoza, empezaron a aparecer en caracteres románicos e itálicos, fundidos por el propio Espinoza y ya no en los góticos que trajo Pablos, nuevas obras. Para 1559, Espinoza había organizado una nueva imprenta a un lado del solar destinado a los agustinos, hoy Biblioteca Nacional. Poco tiempo después otros tipógrafos, Pedro Ocharte entre ellos estaban establecidos, habiendo impreso tan sólo en el siglo XVI, 179 obras que son por sus calidades tipográficas, independientemente de su contenido, obras maestras. En el siglo XVII se imprimirían 1228, cantidad que supera la producción de muchas ciudades europeas. Este hecho es revelador del enorme esfuerzo puesto en la labor editorial, esfuerzo que se acrecienta si se toma en cuenta que la mayor parte del papel tenía que ser traído de Europa, pues los molinos de papel establecidos en México producían poco y de calidad inferior. De México partiría para fundar en 1581 la imprenta en Lima, Antonio Ricardo, impresor italiano, y en 1660 José de Pineda Ibarra a Guatemala.

A partir de 1539 once impresores laboraron en la ciudad de México en esa centuria, en la siguiente tenemos noticia de más de treinta. Hacia 1639 se establece en Puebla de los Angeles la imprenta y en 1793 Mariano Valdez

Téllez Girón la introduce en Guadalupe. De ahí en adelante, esta maravillosa invención se generaliza, y en otros lugares del país aparecen imprentas, fijas unas, móviles otras, difundiendo cultura, información, pasatiempo, ideas tradicionales y anhelos renovadores.

Si la producción nacional fue intensa y valiosa como han puesto de relieve los sabios bibliógrafos mexicanos y extranjeros que la han estudiado como Joaquín García Icazbalceta, Juan B. Iguíniz, Nicolás León, José Toribio Medina y otros más, ella no bastó ni con mucho a satisfacer los anhelos de saber de los mexicanos. A partir de los primeros años de dominación ingresaron a México numerosísimas obras aportadas por religiosos, funcionarios, letrados y gente de calidad. Sabemos que los primeros misioneros hicieron venir importantes obras; que el Padre Las Casas caminaba de un lugar a otro con numerosos libros que conducían los indios; que el oidor Quiroga tenía una selecta biblioteca al igual que el señor Zumárraga; que Fray Julián Garcés cuya erudición y saber recibieron elogio universal, que se justifica al leer su carta prodigiosa en contenido y perfecta en cuanto a su forma, dirigida a Paulo III pidiéndole declarase que los indios eran seres racionales y como tales debían ser tratados, poseía a su vez rica colección; Fray Alonso de la Veracruz, introductor de la filosofía en México trae para los conventos de México y Tlaxcala numerosos tratados y los catedráticos

de la Real y Pontificia Universidad, aumentan el número de volúmenes que aquí se tenían, muchos de los cuales salieron entre otras, de las prensas de Plantin-Moretus.

Los colegios y seminarios creados en diversas poblaciones, México, Michoacán y Puebla en el siglo XVI, acrecientan las bibliotecas que se convierten en semilleros de cultura. De este momento derivan los grandes repositorios coloniales, cuya amplitud y contenido apenas empieza a ser conocido. En la centuria siguiente, hay además de intensa producción una gran importación de libros que obedece a la demanda existente. El Obispo Palafox y Mendoza, consagra sus recursos a traer libros que dona a los colegios que funda en Puebla de los Angeles; crea una imprenta en esa misma ciudad y además, indignado por la destrucción que advertía se hacía de algunos, prohíbe fuesen sacados de las instituciones, y excomulga a quienes los usaban como papel de envoltura. Palafox, repito, muestra el espíritu abierto del prelado que desea no sólo la perfección espiritual para su grey, sino también su renovación intelectual. Por eso no extraña que él mismo haya compuesto un método para la enseñanza de la lectura y la escritura, con las cuales debió haber pensado, era más fácil entrar en el reino de los cielos.

No hay que olvidar que es en el siglo XVII en el que se constituyen las bibliotecas particulares de los ingenios más extraordinarios de la Nueva España en la época colonial, Sor Juana

Inés de la Cruz y Carlos de Sigüenza y Góngora, abiertas a todas las innovaciones de la época, y que es en esta época en la cual aparecen obras de información oportuna de los acontecimientos más destacados del momento como *El Mercurio Volante* de Sigüenza, que antecede a las auténticas publicaciones periódicas como *La Gaceta de México* de Castorena y Ursúa.

También hay que mencionar que frente al amoroso e insaciable deseo de la posesión libresca, se encuentra el intermediario, esto es, el librero. Son numerosas las menciones a ellos; más dignos de ser recordados son los nombres de Antonio Losa, el librero sevillano Pedro Calderón que hacía viajes a la Nueva España apartando libros europeos, Pedro de Avendaño y Estenaga, mercader establecido en México y Francisco de Armijo en Puebla a quienes llegan toda suerte de novedades, incluso muchos libros que se decían prohibidos como los ya referidos de caballería y otros de teología y filosofía, todos los cuales pasaban de continuo a las librerías americanas, como con tanto rigor lo han demostrado Torre Revello, Furlong y otros estudiosos.

Los libros originarios de las imprentas españolas, Sevilla y Salamanca, de las francesas, como las de París y Lyon, de las italianas, Venecia y Roma, de las de los Países Bajos, que llegaron en los siglos XVI y XVII fueron abundantes y cabe citar entre los impresores más representativos a Hans Gysser, Juan de Porras y Pedro

de Castro entre los establecidos en la Metrópoli y a Thielman Kerver, y su viuda Yolande Bonhome así como a Jacob Kerver y Francois Regnault en Francia. De entre los libros procedentes de esos talleres, citemos a Aristóteles, Cicerón, Juan Ecckon, Plinio, Plutarco, Alfonso el Sabio, Domingo Baños, Domingo de Soto, los dos Luis, el de León y el de Granada, Antonio de León, Francisco de Vitoria.

Las obras llevadas a Nueva España promoverán a más de un acrecentamiento de la cultura, vivas y variadas inquietudes intelectuales. Fue en los libros impresos de éste y del otro lado del Océano en donde se fijaron las posiciones en torno de los aspectos más salientes e importantes del desarrollo general de México. Tanto las ideas que originaron los cambios fundamentales como las que los hicieron posibles de ahí surgieron. De ellos y en ellos, brotaron y se consignaron las ideas en torno de la nacionalidad de los indios, de su libertad y del trato humanitario que requerían. Los *Tra-tados* de Las Casas, así como los de Sepúlveda fueron impresos pese a ciertas prohibiciones, y corrían en manos de los partidarios de su sujeción o liberación. *La Utopía* del canciller Tomás Moro que poseía el Obispo Zumárraga cuyo ejemplar se encuentra lleno de anotaciones de ese gran prelado, serviría también al licenciado Quiroga, junto con las obras de clásicos griegos y latinos para hacer posible una organización social que hasta el presente muestra sus huellas en las

riberas de Pátzcuaro, y la cual admira por su hondo sentido cristiano y su alta concepción del hombre. La defensa de las instituciones y de la organización indígena se realizará bien en los libros de Las Casas, de los cuales corrieron algunos impresos y otros en copias utilizadas abundantemente, así como en la *Retórica Christiana* de Fray Diego Valadés, quien el primero, incorpora a la cultura autóctona a las grandes y viejas civilizaciones del Viejo Mundo. Las inquietudes intelectuales en torno de los fundamentos de la religión cristiana, defendidas con tanto acierto y alto espíritu por Fray Luis de León y que le valieron la cárcel, fueron compartidas según confesión contenida en uno de sus libros, por Fray Alonso de la Veracruz. Los *Biólogos* del celeberrimo humanista Juan Luis Vives, imitados formalmente por Francisco Cervantes de Salazar, influirían por sus ideas en torno de la educación, en varias generaciones de pedagogos.

En el campo de la enseñanza, aparte del religioso, fue en donde el libro prestó sus más insignes servicios. A más de empleársele para cristianizar a los indígenas, actuó para que aprendieran el alfabeto, pudieran acercarse certeramente a las humanidades grecolatinas, desentrañar su profundo sentido y producir obras que de no haber sido por una extraña política, de haberse publicado en aquella época constituirían uno de los frutos mejores de las prensas novohispanas. Editadas algunas de ellas con posterioridad como lo fue la obra de Sahagún y la

de Martín de la Cruz, son la más vibrante muestra de que los naturales de América poseían un saber secular de innegable valor y de que eran capaces de asimilarse a la cultura humanística occidental y aprovechar con creces sus mejores creaciones. Cartillas, gramáticas, diccionarios en todos los idiomas hablados en México, fueron impresos y gracias a ellos hoy es posible penetrar en su portentoso cuanto desconocido mundo.

En este aspecto cabe señalar la indiscutible marca que la imprenta gravó en nuestra cultura. A través de ella impuso una política que el régimen centralizador español creyó conveniente, y la cual se ha repetido incansablemente en todos los experimentos y obras de colonización, la de unificar los medios de comunicación, la transmisión de las ideas, con lo cual si bien se obtiene una unidad y una fuerte cohesión cultural, se destruyen las culturas locales y las expresiones lingüísticas en desarrollo.

Si examinamos la producción impresa en México en la centuria de la conquista, prodigiosamente presentada por los doctos de la bibliografía como García Icazbalceta, observaremos el gigantesco esfuerzo realizado por los dirigentes civiles y eclesiásticos para civilizar y evangelizar al pueblo novohispano. Partiendo de la *Breve y más compendiosa doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana* impresa por mandato de Zumárraga en los talleres de Gromberger en 1539, encontramos una larga serie de *Cartillas* y *Doctrinas* escritas en náhuatl, otomí,

tarasco, mixteco, chuchón, huasteco, zapoteco y maya y las lenguas de Guatemala; sobresaliendo los cinco vocabularios, mexicano de Molina, tarasco de Gilberti, zapoteco de Córdoba, mixteco de Alvarado y maya de Villalpando. También aparecen obras jurídicas como las *Ordenanzas* dadas por el Virrey Mendoza impresas en 1548, y el *Cedulario* del Oidor Vasco de Puga impreso en 1563. Así como obras médicas como la *Opera Medicinalia*, del Doctor Bravo y los *Tratados breves de anatomía y de medicina* del doctor Farfán y la *Suma de Cirugía* de López de Hinojosa; y obras científicas como los dos volúmenes del *Arte Militar y Náutico* del doctor Palacios. Igualmente imprimiéronse obras de filosofía entre las cuales sobresalen las preciosas ediciones de Fray Alonso: la *Dialéctica Resolutio* de 1554, la *Phisica Speculatio* de 1557 y la *Recognitio Summularum*. Para cerrar esta enumeración citaré la edición del *Tripartito* de Juan Gerson hecha muy temprano, en 1544 y cuyas ideas fueron muy difundidas en la Nueva España. Recordemos que este docto y pío escritor como se le denomina en esa época, había escrito en laudanza de los hombres de pluma lo siguiente: "merecen la vida eterna, los que con intención de aprovechar a sus prójimos escriben, porque escribiendo, enseñan, estudian, comunican lo que saben, dan luz y claridad a los que los leen, honran, aman y defienden la Iglesia de Dios, y para ello no tienen en cuenta con su vida y salud y sufren

muy grandes trabajos y molestias por aprovechar a otros".

Escasa y todo, la producción decimosexta importa por su sentido universalista, educativo, organizador de una sociedad y cristianizante. Tanto la *Cartilla para enseñar a leer* atribuida al egregio Pedro de Gante, como la *Phisica Speculatio* responden a un mismo intento formativo: crear una cultura que cimentada en el alfabeto pudiera llegar a las más elaboradas especulaciones de la mente humana.

A su lado, los libros importados, científicos y técnicos influyeron en el desarrollo integral de México. Tratados de agricultura, minería y metalurgia, astronomía y astrología, medicina, ingeniería, fueron leídos por los jóvenes novohispanos. Al asomarnos a los restos de las antiguas bibliotecas, nos asombramos que existan con amplias anotaciones, los estudios de Agrícola, Ptolomeo, Tico Brahe, Dioscorides, Copérnico, Newton, Antonio Pérez, Nebrija, Arias de Benavides que profesó medicina en la Nueva España y quien describe en sus obras el arte curativo de los indígenas. Ciruelo. Aguilera, Buffon. Las bibliotecas de Sor Juana y Sigüenza y Góngora, así como de varios colegios revelan la existencia de obras científicas y de filosóficas y literarias que influían en nuestra cultura. Libros de Terencio, Luciano, Horacio, Virgilio, Plutarco, Ovidio, Aristóteles, Petrarca, Ariosto, Raymundo Lull, Dante, Cicerón, Euclides, eran comentados y aprovechados por los espíritus selectos. La formación de la sensibilidad mexicana mostrada en el

campo de las letras, debe mucho a los autores clásicos.

Las amplias como viejas colecciones jurídicas coloniales, nos muestran cómo los tratados fundamentales de la ciencia jurídica y política eran manejados. Aristóteles, Platón, Justiniano, Santo Tomás, Bodino, Maquiavelo, Covarrubias, las Siete Partidas, y otros códigos eran comunes como lo serían después Grocio, Puffendorf, Heineccio, Rousseau, Montesquieu, Martínez Marina, Jovellanos y todos aquellos autores que en alguna forma influyeron en nuestra evolución política.

Las ideas sociales, económicas y políticas que llevaron a la Independencia, están en su mayor parte basadas en las obras ya señaladas.

Conmovidos frente a los antiguos problemas de México, apoyados en la incuestionable autoridad de los más egregios pensadores antiguos y modernos e inspirados en un santo ardor de renovación, los hombres que han construido México, que han hecho posible no sólo la existencia de la civilización y de la cultura en nuestro suelo, y que también se han distinguido en la lucha por la justicia y la libertad, en su mayor parte han sido hombres de estudio, de letras a la par que de acción. Para ellos el libro y el periódico, esto es el pensamiento impreso, son motores de progreso.

Ya en el siglo XVIII, el insigne Juan José de Eguiara y Eguren al mismo tiempo que destrozaba la calumnia que sobre América y los americanos se cernía y señalaba la innegable doble vertiente de nuestra cultura, enrai-

zada en milenarias culturas aborígenes y en los valores tradicionales de occidente, mostró el valor de la obra cultural, principalmente escrita, en su inigualable *Biblioteca Mexicana*. El valor del impreso como difusor de ideas fue igualmente observado por el señor Hidalgo convertido en caudillo de un pueblo al cual quiso informar de la justicia que le animaba a través del periódico *El Despertador Americano*. A partir de ese momento, dirigentes de los acontecimientos sociales y políticos en México han usado de los periódicos para llevar su pensamiento a todos los ámbitos. El Doctor José María Cos, al elaborar con sobrehumanos esfuerzos tipos de madera que le permitieran desde el Real de Minas de Sultepec hacer llegar a todos los simpatizadores de su causa información auténtica; Don Benito Juárez quien durante su peregrinar por la República en múltiples imprentas difundía informes de la desigual lucha que sostenía contra el invasor, y don Venustiano Carranza con la imprenta móvil que llevaba en un vagón de ferrocarril, no hacían otra cosa que acogerse a la patente, efectiva y expansiva fuerza de la letra impresa.

Un libro escrito por un ignorado ciudadano del Norte de México, Francisco I. Madero, *La Sucesión Presidencial*, despertó en un momento dado la conciencia de muchos mexicanos. El Plan de Ayala, elaborado a mano por los caudillos surianos, tuvo que ser traído a México a imprimirse, habiendo aparecido en el *Diario del Hogar*.

Por estar seguros del valor de los libros, como medios de regeneración social, Fernández de Lizardi impulsó a principios del siglo XIX, el establecimiento de los gabinetes de lectura, y José María Luis Mora y Manuel Eduardo de Gorostiza pensaron y planearon en 1833 la creación de la Biblioteca Nacional que sólo pudo ser establecida definitivamente, una vez triunfante la República en el año de 1867.

Dotados de un poder de expansión ilimitado, han influido en México desde hace varios siglos. Nuestra patria que se enorgullece de haber tenido la primera imprenta en América, debe

mucha de su grandeza al libro. Con ellos, como afirmaba con justeza Luis Vives, que "sazonan las cosas alegres y moderan las tristes, reprimen los ímpetus temerarios de la juventud, alivian las molestias de la vejez, sea en público o en particular, en la soledad y en la frecuencia en el ocio y en el negocio, que nos acompañan y hacen presencia y aún nos presiden, favorecen y ayudan", con ellos, como elementos indispensables que todos los hombres pueden gozar para aumentar su cultura y posibilidades de vida, México realizará las transformaciones que requiere por la vía de una auténtica evolución.

II

LA OPERA MEDICINALIA POR EL DOCTOR FRANCISCO BRAVO¹

(12 de septiembre de 1570)¹

FRANCISCO FERNÁNDEZ DEL CASTILLO²

EN ESTA Academia Nacional de Medicina no podría pasar inadvertido que hace cuatro siglos en esta Ciudad de México apareció el primer libro de Medicina del Continente Americano. Se intitula *Opera Medicinalia* y fue escrita por el doctor Francisco

Bravo, e impreso en México el año de 1570 en los talleres de Pedro Ocharte.

El libro merece una breve descripción.

Es un pequeño libro en 8º (aproximadamente 15 x 10.5 cm) y consta de 316 hojas. El texto está impreso, en su mayor parte, con letras góticas en papel de cáñamo.

La portada contiene un grabado en madera de tipo renacentista. Repre-

¹ Trabajo de sección leído en la sesión ordinaria del día 15 de abril de 1970.

² Académico titular. Departamento de Historia de la Medicina, Facultad de Medicina, Universidad Nacional Autónoma de México.